

el porvenir. Su convicción es, en efecto, que el porvenir religioso procederá del cristianismo, lo mismo que el cristianismo ha procedido del mosaismo. Bajo este punto de vista, la doctrina cristiana conserva un gran interés. Hay, lo mismo en el cristianismo que en toda concepción religiosa ó filosófica, un elemento de verdad eterna y un elemento de error que es necesariamente transitorio. La humanidad, en su marcha progresiva, debe desprenderse del error y ensanchar la parte de verdad que posee. Este es el trabajo á que está llamada la filosofía. No hay misión más elevada, porque de este trabajo saldrá, si no una nueva religión, al ménos un cristianismo progresivo que responderá á las necesidades del estado social de cada época.

Á decir verdad, la crítica protestante, tenga ó no conciencia de ello, llega al mismo resultado; únicamente su marcha se halla entorpecida por las preocupaciones cristianas. Á sus ojos, la verdadera doctrina de Cristo no puede ser errónea; así, pues, cuando encuentra un error, una superstición cualquiera en los libros sagrados, la rechaza atrevidamente, sea por una interpretación más ó ménos forzada, sea fundándose en la ignorancia ó en la incapacidad de los discípulos de Cristo. Así los teólogos rechazan el dogma que les parece falso, declarando que es extraño á la verdadera doctrina cristiana. ¿Pero cómo saben que las doctrinas que rechazan son falsas? En virtud de la razón progresiva, que no admite ya en el siglo XIX lo que admitía en el siglo primero. Al decir que Cristo no ha predicado tal ó cual cosa, porque es irracional, atribuyen, en definitiva, á Cristo las ideas y los sentimientos de la humanidad de su tiempo. Hé aquí cómo la interpretación protestante, en manos de los unitarios, llega al mismo resultado que la crítica filosófica. Pero ¿á qué estos rodeos? ¿Á qué estas forzadas interpretaciones? ¿A qué esta obstinación en buscar en una predicación hecha hace diez y ocho siglos la última palabra de Dios? ¿No es completamente evidente que, aún cuando se pudiera adivinar el pensamiento de Jesucristo á través de las oscuridades, las alteraciones y las contradicciones de los Evangelistas, la humanidad no lo admitiría ya? ¿No vale mucho más entrar francamente en la vía del progreso? La realidad debe triunfar sobre la ficción, porque la ficción no es el camino de la ver-

dad; llega á ella con más dificultad, por el solo hecho de que se crea trabas, y después de todo, se la puede rechazar por una consideración, contra la cual no tendría nada que decir, y es que, bajo el pretexto de volver al cristianismo primitivo, lo altera. Es verdad que la filosofía, implantando su bandera sobre el terreno del progreso religioso, tropieza con peligros que los teólogos esquivan; suscita resistencias que la prudencia cristiana evita; pero la verdad es el precio de la lucha franca; los peligros no deben tomarse en consideración; de otra suerte, el combatiente no es digno del combate.

## § II.—Misión del cristianismo.

### I.

Si el cristianismo es una revelación milagrosa, está llamado á presidir para siempre los destinos de la humanidad; es la última palabra de Dios; los hombres no desempeñan en él ningún papel más que para comprenderlo y practicarlo. Si el cristianismo fuese revelado, lo sería todo; la historia entera, pasada, presente y futura, no tendría valor ni aún sentido más que como preparación ó como extensión de la religión cristiana. Esto es tan cierto, que los cristianos creen, por la fe de Jesucristo, que en cuanto la *buen nueva* haya dado la vuelta al mundo, el mundo se acabará. Nada más natural, nada más lógico. La vida del hombre se limita, á los ojos de los cristianos, á la corta existencia que goza sobre esta tierra; á su muerte ocupa un lugar en la eternidad, sea entre los elegidos, sea entre los reprobados. ¿Cuál debe ser, pues, el fin único del creyente? Merecer la vida eterna. Todo debe concentrarse en la obra de la salvación. Cuando el género humano haya sido puesto en estado de alcanzar su salvación por la predicación universal del Evangelio, no tendrá ya razón de ser. ¿A qué quedan reducidos en esta creencia los imperios, sus revoluciones? ¿A qué todas las manifestaciones de la actividad humana?

No tienen interes para el cristiano, en cierto modo no existen para él más que en cuanto tienen alguna relación con el cristianismo. Los cristianos no ven en la antigüedad más que una preparación del cristianismo, no porque crean que los trabajos de los antiguos hayan inspirado á Cristo; no pueden tener semejante idea, y por el contrario, la rechazan como un sacrilegio; la preparación ha sido completamente material, en el sentido de que las revoluciones de los imperios han llevado á reunir una gran parte del mundo bajo las leyes de Roma, y esta unidad ha abierto el camino á los Apóstoles. En cuanto á la preparación religiosa, se concentra en el mosaismo, es decir, en una primera revelación. Las demas religiones, lo mismo el mazdeismo que el budhismo y el paganismo, son la obra del error, del Espíritu del Mal. Lo mismo sucede con la religion que se estableció despues que el cristianismo: el mahometismo es una impostura secular. La invasión de los Bárbaros no tiene otra misión que iniciar á los pueblos del Norte en la ley de gracia. La Edad Media funda la unidad católica: si se quiebra en el siglo XVI, es por una inspiración del demonio; Lutero y Calvino son auxiliares del infierno, y la filosofía igualmente una obra satánica, en tanto que se aparta de la verdad revelada. Tal es la concepción histórica del catolicismo, á partir desde San Agustín hasta Bossuet, y es imposible que haya otra. Y nosotros preguntamos: ¿qué hemos de pensar de una filosofía de la historia que se reduce á decir: todo lo que es cristiano viene de Dios, todo lo que no lo es viene del diablo?

Si los protestantes fuesen lógicos, su teoría del cristianismo y de la historia debería ser la misma, porque para ellos el Evangelio es también una revelación divina y el único camino de la salvación. En realidad, si Lutero hubiese escrito una filosofía de la historia, hubiera sido tan estrecha como la de San Agustín y de Bossuet. Afortunadamente hay en el protestantismo un elemento bastante más extenso; procede del genio alemán, por lo ménos tanto como del Evangelio. ¿Se quiere una prueba? Hasta el siglo XVI la religion cristiana habia sido esencialmente una religion de unidad, unidad de hierro, que no admitía ninguna diversidad, por pequeña que fuese. El cristianismo reformado, por el contrario, es una religion individual por excelencia: ésta es la gran censura que

le dirigen los escritores católicos. ¿De dónde proviene este carácter nuevo que trasforma enteramente la idea de la religion? El genio germánico es quien, despues de haber compenetrado al Estado con su individualismo, invadió el dominio de la fe. La revolucion inaugurada en el siglo XVI tenía grandes consecuencias. Fundada en una palabra revelada, la Iglesia tendía forzosamente á la unidad absoluta; estaba, por consiguiente, en la pendiente de la intolerancia. Sabido es que no se detuvo en esta vía fatal más que por impotencia. El protestantismo también fué intolerante en el origen, y si hubiese permanecido consecuente con su dogma, no hubiera dejado de ser intolerante. Pero, al romper la unidad católica, haciendo de la religion un lazo entre el individuo y Dios, sin intermedio alguno del clero, rechazaron los reformadores, sin tener conciencia de ello, la intolerancia católica. Hoy el principio protestante es sinónimo de libertad de pensar. En fin, el protestantismo cambió la naturaleza misma del cristianismo, tal como se habia desarrollado en el seno de la Iglesia romana. El catolicismo se inmovilizó bajo la influencia de una Iglesia que tenía interes en pasar por el órgano de la verdad absoluta. En el protestantismo no es ya la Iglesia, sino el individuo, quien interpreta la Escritura; ahora bien, desarrollándose el espíritu humano bajo la ley del progreso, la religion cristiana fué por esto mismo una religion progresiva. La revolucion es fundamental. Decir que el cristianismo es progresivo, es confesar que es á la vez imperfecto y perfectible, como la razon humana. Desde este momento no puede haber la cuestion de la revelación milagrosa, ni la de la verdad absoluta. No puede tampoco tratarse de concentrar toda la vida de la humanidad en la religion cristiana; ésta no es ya más que uno de los elementos de la vida, un momento en el desenvolvimiento del género humano. Al lado de este elemento hay otros que también tienen su legitimidad.

## II.

Hay en la concepción protestante del cristianismo el gérmen de una revolucion histórica. Por largo tiempo se ha llamado á nues-

tra civilización una civilización cristiana, y por consiguiente, se ha atribuido al cristianismo todo lo que tiene de grande y de bello la humanidad moderna. Vióse á la esclavitud trasformarse y despues desaparecer de los pueblos cristianos; de ahí se dedujo que la abolición de la servidumbre se debía á la influencia del cristianismo. Vióse modificar las relaciones internacionales entre los pueblos de Europa y al derecho penetrar donde habia dominado la fuerza, y se creyó que el derecho de gentes habia nacido con el cristianismo. En fin, se vió á las naciones cristianas reivindicar la libertad y la igualdad, y se dijo que éstos eran los dogmas del Evangelio que tendian á realizarse en el orden político. Este grande error se debía á la preocupacion tradicional de que el cristianismo era el elemento dominante, ó por mejor decir único, de nuestra civilización. Los espíritus mejores, áun aquellos que eran más filósofos que cristianos, se han engañado en esto.

Hay más de una ilusion en esta apreciacion del cristianismo. Montesquieu, sin dejar de darle la autoridad de su nombre, dice que nuestra libertad política tiene sus raíces en los bosques de la Germania. Frase profunda que echa por tierra todo el artificio de la doctrina histórica que acabamos de resumir. ¿Por qué procede la libertad de los Germanos? Porque poseian en el más alto grado el sentimiento de la independencia individual que inspira á los pueblos modernos. La libertad así comprendida era desconocida de los antiguos; data del feudalismo, es decir, del genio germánico. Si Montesquieu hubiese seguido esta idea hasta sus consecuencias, se hubiera convencido de que este mismo espíritu es el que ha trasformado la esclavitud en servidumbre y el que ha acabado por abolir la servidumbre; que es, finalmente, este mismo espíritu quien ha introducido el derecho en las relaciones de los pueblos. En definitiva, nuestra civilización, en cuanto tiene de política y social, proviene de los Germanos. Léjos de ser su fuente el cristianismo, ha sido más bien un obstáculo para el establecimiento de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad en el dominio de la vida civil y política. Es un error singular el referir al Evangelio principios sociales que le son extraños, ó á los cuales es hostil. El cristianismo es una religion del otro mundo; el verdadero cristiano es extranjero en esta tierra, la abandona á César, es de-

cir, á los acasos de la fuerza; su patria está en el cielo, allí es donde él pone todas sus preocupaciones. ¿Qué le importa la esclavitud? La prefiere á la libertad. ¿Qué le importan las garantías políticas? Acepta y santifica, si llega el caso, el despotismo de Bizancio. ¿Qué le importan las relaciones internacionales? No tiene idea alguna del derecho, ni áun entre individuos; ¿cómo habia de pensar en introducirlo en las relaciones de las naciones? Tal es el verdadero cristianismo. Es un espiritualismo excesivo, desordenado, tal como reina en la India; y sin el poderoso contrapeso de la raza germánica, la Europa cristiana hubiera venido á ser semejante á la sociedad india. Hé aquí por qué la Providencia suscitó á los Bárbaros al mismo tiempo que envió á Jesucristo. Precisamente tenian los Germanos las facultades y las aspiraciones que faltaban al cristianismo; la influencia de raza corrigió los vicios de la religion.

¿Cuál es, pues, la mision del cristianismo? No puede ser social ni política, puesto que la religion cristiana desconoce este orden de cosas ó lo rechaza. La aparicion simultánea en la escena del mundo de Jesucristo y de los Bárbaros nos revela la mision providencial de la religion que ha fundado. Si los Germanos eran necesarios para contrapesar el espiritualismo evangélico, tambien era necesaria la venida de Cristo para moralizar á los pueblos del Norte. Es un error singular el decir que el cristianismo estaba llamado á regenerar la sociedad antigua. Si tal hubiese sido el fin de Jesucristo, sería preciso decir que ha faltado á él completamente, porque la antigüedad continuó decayendo á pesar de la *buena nueva*; hay más, el cristianismo estuvo á punto de perecer con la sociedad corrompida en medio de la cual vivía y cuya corrupcion le infectaba. La verdadera vocacion de los discípulos de Cristo durante los últimos siglos de la antigüedad era formular la doctrina cristiana y fundar la Iglesia sobre bases bastante sólidas para que pudiese resistir al cataclismo que amenazaba en el Norte. La Iglesia educó á las razas germánicas. Tal es la mision histórica del cristianismo. La llena todavía en nuestros días, y continuará llenándola en el porvenir, si acepta la bandera protestante, bandera de la libertad y del progreso. Para que la religion conserve el imperio de las almas es menester que esté siempre en armonía con las necesi-

dades, las ideas y los sentimientos de las generaciones á quienes se dirige. Los hombres del siglo XIX no son ya ni Romanos del Imperio, ni Bárbaros, y van modificándose sin cesar. Creencias que tenían su utilidad en la cuna de la sociedad moderna no tienen ya razon de ser hoy y la tendrán ménos en el porvenir. Los pueblos modernos se preocupan mucho más de los intereses de esta tierra que de la celeste Jerusalem; necesitan una religion que comprenda estas nuevas necesidades, que dé una satisfaccion á lo que tienen de legítimas, y que combata lo que tienen de peligrosas. Declamaciones fútiles contra la corrupcion de los hombres, son palabras predicadas en el desierto: nadie las escucha. Es menester que el cristianismo deje de ser una religion del otro mundo para ser una religion de éste. No que la religion deba separar nunca del porvenir las miradas del hombre para dirigirlas exclusivamente á esta tierra; pero ella le enseñará que la vida del porvenir no difiere en esencia de la vida presente; que, por consiguiente, el único medio de prepararse para la existencia futura es cumplir todos los deberes que nos impone la existencia actual.

La cuestion es capital. Trátase para el cristianismo de ser ó de no ser, y los destinos de la humanidad están igualmente en cuestion, porque la religion es el pan de vida, sin el cual muere el hombre. Los defensores del cristianismo cometen un error en no tomar en cuenta las modificaciones considerables que se han verificado en los sentimientos religiosos de los hombres. De ahí resulta que, queriendo volver á los pueblos á la fe cristiana, los alejan de ella más y más. ¿Por qué cerrar los ojos ante las señales de los tiempos? Desde la Edad Media se verifica un movimiento anti-cristiano; ha acabado por estallar con violencia en el último siglo. Mejor hubiera sido, en vez de censurar esta reaccion como la obra del demonio, investigar lo que tiene de legítima, á pesar de sus excesos. La oposicion se remonta á la cuna misma del cristianismo. Jesucristo ha tenido enemigos más encarnizados que los filósofos entre aquellos mismos en cuyo seno habia nacido. ¿No hay más que aberracion y crimen en la protesta de los Judíos contra el Mesías cristiano? Ellos esperaban un Mesías que realizase el reino de Dios sobre esta tierra, y sus aspiraciones, aunque excesivas, eran justas. Esto es tan cierto, que aquella protesta

contra la religion del otro mundo continúa hasta en nuestros días. Juliano el Apóstata declaró que jamas se convertiria un verdadero heleno á una religion de muerte, y el renacimiento del helenismo en el siglo XV le dió la razon. El movimiento era tan irresistible, que arrastró á los mismos que pretendian volver al cristianismo primitivo y que tomaban al pié de la letra el espiritua-lismo evangélico. Los reformadores continuaron, sin advertirlo, la reaccion secular contra el cristianismo tradicional. En el siglo XVIII hubo una explosion de sentimientos hostiles al cristianismo y aún á toda religion. Y es que se confundió la religion con una forma religiosa que no satisfacía las necesidades más legítimas del espíritu humano.

Los filósofos del último siglo rechazaron el cristianismo, porque le quitaba al hombre el dón más bello de Dios, la libertad de pensar. Hoy tenemos otros muchos agravios más contra la religion del pasado. Si hay aspiraciones legítimas, lo son ciertamente las que piden la realizacion en el órden civil y político de los dogmas de la libertad y de la igualdad. ¡Sin embargo, vemos á cristianos sinceros invocar el Evangelio para legitimar la esclavitud! ¡Oímos predicar el despotismo en nombre del Evangelio! ¡Hemos visto á hombres que se decían órganos de Cristo, bendecir un día la libertad y maldecirla al día siguiente! ¿Debemos admirarnos de que semejante espectáculo haya suscitado cóleras terribles, y que del seno de la democracia se haya elevado una voz que haya hablado de ahogar en el cieno á una Iglesia que se prostituía en el cieno?

Los verdaderos enemigos del cristianismo no son los que le atacan, son sus imprudentes apologistas, ó los hombres más culpables que lo explotan en provecho de su ambición y de su avaricia. Invitamos á todos aquellos que son religiosos de corazón, á separar su causa de la de aliados que la comprometen. El cristianismo debe trasformarse, si quiere reconquistar la influencia que pierde diariamente. Es preciso que satisfaga sinceramente á los sentimientos, á las ideas que han llegado á ser imperiosas necesidades, si no, el cristianismo ha concluido. Para esto es menester dejar de sostener que una religion predicada hace diez y ocho siglos es la última palabra de Dios y que la humanidad está en-

cadenada á ella para siempre; es menester renunciar también al respeto supersticioso que se prodiga á unas cuantas hojas de papel que se decoran con el nombre de Sagrada Escritura; es menester buscar sus inspiraciones, no en la tumba de lo pasado, sino en la conciencia de la humanidad, tal como se desarrolla bajo la inspiración de Dios. El cristianismo progresivo hallará ardientes defensores allí donde el cristianismo inmutable encuentre enemigos encarnizados. Si el primero puede salvar la religion y la sociedad, es para nosotros completamente evidente que el segundo perderá á la una y á la otra.

### III.

En estos *Estudios* consideramos el cristianismo bajo el punto de vista del desenvolvimiento progresivo de la humanidad. Léjos de serle hostiles, vemos en la religion cristiana la ley de vida lo mismo para el porvenir que para el pasado, pero con una condicion, y es que sea abierta y francamente progresiva. Esperamos hacer participar de esta opinion á todos aquellos que estudien sin prevenicion el cristianismo histórico, como lo hemos hecho nosotros. El cristianismo primitivo no es el nuestro, no puede ya serlo. Si Jesucristo resucitase en el siglo XIX, predicando la doctrina evangélica, los hombres no le entenderian. ¡Dígasenos dónde están los que venderian sus bienes para darlos á los pobres y para seguir al doctor de la pobreza! ¡Dígasenos dónde están aquéllos, pobres ó ricos, que renunciarian á la produccion de las riquezas esperando la consumacion de los siglos! ¡Dígasenos dónde están los que abandonarían el matrimonio y las agitaciones de la vida política, para tomar su cruz, dejando el mundo á César! ¡Dígasenos dónde están los que buscan su patria en la celeste Jerusalem, y que desdeñan todos los intereses, todos los lazos de esta tierra! ¿Qué ha sido del espiritualismo exaltado que arrastró millares de fieles al desierto? Aquellos mismos que pretenden huir de la sociedad, tomando el título de monjes huyen del desierto para mezclarse en la sociedad. La Iglesia, que se dice el órgano de

Aquél que nació en un pesebre y murió en una cruz, es en un todo lo contrario de la humildad de Cristo. Esta contradiccion entre el cristianismo actual y el cristianismo primitivo es la condenacion de los que piensan que el ideal evangélico es la última palabra de Dios; es la condenacion de los que tienen la pretension de ser los depositarios de la verdad absoluta.

Bajo otros puntos de vista esta misma contradiccion es la justificacion de la Iglesia. La Iglesia no puede ser ya en el siglo XIX lo que era la cristiandad primitiva: esto implicaria la inmovilidad, y la inmovilidad es la muerte. Por el solo hecho de que la Iglesia vive, avanza á su pesar con la humanidad. Por haber seguido este progreso ha conservado alguna influencia sobre los espíritus. Si quiere extender su accion y reconquistar el mundo que se le escapa, es menester que éntre resueltamente por un camino por el cual parece hasta aquí que marcha sin tener conciencia de ello. Nuestras palabras se dirigen principalmente á las Iglesias separadas; las más avanzadas están ya en el orden de ideas que señalamos como el único que puede salvar la religion. En cuanto á la Iglesia romana, sus pretensiones seculares, su tradicion, le impiden aceptar la bandera de un cristianismo progresivo. ¿Es esto decir que esté condenada á morir, y se deba apresurar su fin haciéndole una guerra de destruccion? Lo que parece imposible á los hombres es posible á Dios. Ha regenerado naciones que parecian muertas; puede también devolver la vida á una Iglesia que parece llevar en sí todos los signos de la muerte. Una revolución puede verificar este milagro, iluminando á los espíritus sinceramente religiosos. En cuanto á los que se obstinan en seguir siendo momias, sufrirán la condicion de todo lo que es polvo de muerte.

Hay hombres que desesperan del porvenir religioso de la humanidad, y esta misma desesperacion mantiene en el catolicismo á los que temen que con el cristianismo tradicional desaparezca toda fe de la tierra. A estos partidarios del pasado les dirémos que se empeñan en una obra inútil; no conducirán jamás al género humano á creencias que están en oposicion con sus sentimientos, con sus ideas y con sus necesidades; les dirémos, además, que abran los ojos, que salgan por un momento de los estrechos limi-

tes de su ortodoxia y verán la fe viva y ardiente en sectas que no tienen del cristianismo histórico más que el nombre. A los que piensan que las religiones se van, les responderemos que mutilan la naturaleza humana, que la fe es un elemento de nuestra naturaleza, lo mismo que la razón. De ahí concluimos que la religión es imperecedera y que subsistirá tanto tiempo como dure la humanidad. Si, pues, el género humano está destinado á vivir todavía, es imposible que no tenga una religión, porque la religión es el pan de vida del alma.

¿Cómo se llevará á cabo la transformación religiosa que espera la humanidad? Ahí está el misterio del porvenir. Todo lo que puede afirmar la filosofía de la historia es que la religión futura procederá del cristianismo, como el cristianismo ha procedido de lo pasado. Puede también prever que, del mismo modo que el establecimiento de la religión cristiana ha sido favorecido por una de aquellas revoluciones de que solo Dios tiene el secreto, otras revoluciones favorecerán un nuevo desenvolvimiento del cristianismo. Para aquellos que quieren servirse de sus ojos para ver, esto es ya algo más que una hipótesis. ¿Es esto decir que debemos confiar exclusivamente en la Providencia y que la humanidad deba esperar con los brazos cruzados á que Dios haga milagros para salvarla? La libertad es un elemento esencial de la vida de la humanidad, y su importancia aumenta á medida que el hombre adquiere la conciencia de la acción que ejerce sobre su destino. Al advenimiento del cristianismo el mundo era todavía pasivo; no creía en su libertad, no creía ni aún en la libertad de los dioses que adoraba; un ciego fatalismo gobernaba todas las cosas, lo mismo en la tierra que en el cielo. Hoy el sentimiento de la libertad es poderoso al lado de la convicción de un gobierno providencial. Lo cual es decir que la responsabilidad del hombre ha aumentado igualmente. Si conoce que hace su propio destino, debe obrar en consecuencia. Dios no le ayudará más que á condición de que se ayude á sí mismo. ¿Cuál es el deber que tiene que llenar en el dominio religioso? Debe manifestar sus convicciones y obrar en conformidad con estas creencias. Entonces habrá merecido que Dios venga en su ayuda, y este apoyo no le faltará.

---

## LIBRO PRIMERO.

### ORÍGENES DEL CRISTIANISMO.

---

#### CAPÍTULO I.

##### EL CRISTIANISMO Y LA ANTIGÜEDAD.

---

En el mundo moral no hay revolución repentina. La humanidad avanza hacia el cumplimiento de su destino por medio de un progreso incesante, pero lento é insensible. Cada edad se aprovecha de los trabajos anteriores y contiene en germen un futuro desenvolvimiento. La antigüedad ha preparado el cristianismo. El Evangelio es á la vez un legado del pasado y una profecía del porvenir. ¿Por qué lazos se liga al mundo antiguo? ¿Cuáles son los sentimientos y las ideas que le han hecho el principio de una nueva era?

Quando se compara la antigüedad á la humanidad actual, llama la atención una diferencia fundamental. Hay hoy en las inteligencias un espíritu de unidad que domina sobre las necesidades que resultan del clima y de las nacionalidades. Los pueblos antiguos vivían aislados. En el Oriente se desarrollan, á la sombra de los santuarios, civilizaciones que quedan ignoradas del Occidente. La Grecia despliega en pequeñas ciudades divididas, hostiles, las riquezas de su admirable genio. Roma nace y crece en la oscuridad. Sin embargo, las barreras que separan á los pueblos están